

La correspondencia de los diplomáticos norteamericanos en Lima, Santiago y La Paz, durante los primeros meses de la guerra del Pacífico y la gestión Pettis

Al Dr. Waldo G. Leland.

Recientemente, gracias a la invitación de la Dotación Carnegie para asistir al Congreso Científico Pan Americano, tuve el privilegio de pasar algunas semanas en Washington. Entre los lugares que visité estuvo el nuevo y magnífico edificio del Archivo Nacional. Se me presentó la oportunidad de revisar los papeles de los agentes diplomáticos norteamericanos en el Perú y no quise perderla. Fueron, desgraciadamente, cortas las horas para tan interesante labor. El Gobierno de Estados Unidos ha centralizado en su Archivo Nacional la correspondencia de todos los ministerios y oficinas públicas hasta comienzos del siglo actual y las ha puesto allí a disposición del público sin taxativa alguna, dentro de un marco de gran comodidad para las consultas. El investigador puede revisar, así, no sólo la documentación ordinaria u oficial, sino hasta los papeles privados y secretos.

Los papeles de los agentes diplomáticos son, como es sabido, una fuente preciosa para el conocimiento histórico. Después de los trabajos de Ranke ya no cabe duda alguna al respecto. Existe, por cierto, en curso de publicación una obra conteniendo parte del archivo diplomático mencionado. La inició, bajo los auspicios de la Dotación Carnegie, William Manning. Han sido traducidos ya al castellano varios volúmenes con la correspondencia relativa a la independencia de los países latinoamericanos. La edición inglesa tiene publicados hasta la fecha, los tomos corres-

pondientes a los años siguientes, hasta 1860. Pero, por desgracia, no se han hecho las reproducciones completas de los documentos. Con el objeto de no hacer volúmenes demasiado extensos, o de no herir el orgullo nacional, local o familiar, los compiladores han omitido los párrafos o cartas enteras donde se trata de asuntos que atañen directamente a la vida interna de los países mencionados. Sólo ha quedado prácticamente de la documentación enviada a su país por los diplomáticos norteamericanos, su aspecto protocolario o lo que atañe a las relaciones panamericanas. Y está, sin embargo, en los párrafos o en los documentos que llevan con lápiz señales equivalentes a las palabras "omit" o "local", el material historiográfico más interesante que a los especialistas de América Latina se les puede presentar.

Es tan importante dicha documentación que, si no existiera la sospecha fundada de no recibir acogida, habría que sugerir la conveniencia de que el gobierno peruano obtuviera una copia de ella. Así podría tenerse a la mano un ingente material con noticias preciosas acerca de nuestra evolución diplomática, política, social y económica. El desarrollo de los medios modernos para esa clase de labor de copia mediante "microfilms" o el aparato fotostático permite una increíble facilidad en su realización.

A continuación va una síntesis de algunos aspectos interesantes de la correspondencia diplomática relacionada con los agentes en Lima, Santiago y La Paz hasta octubre de 1879. Se podrá seguir allí el curso de la gestión hecha por el ministro Newton Pettis que hasta ahora ha sido poco estudiada. No me ha sido posible constatar si todos los documentos aquí citados fueron publicados en las obras "*War in South America*" que editó el Departamento de Estado "*Senate Executive Document 79, Cong. 1 Sess*" y "*Foreign Relations*" 1879-80.

Los acontecimientos que condujeron a la guerra del Pacífico encontraron a los ministros norteamericanos Gibbs en Lima y Osborne en Santiago. En abril llegó a Lima el nuevo ministro Isaac P. Christiancy y en mayo llegó a La Paz el ministro Newton Pettis.

Gibbs, instalado en Lima desde algún tiempo atrás había estado informando a su gobierno detalladamente acerca de la crisis económica y política en que se debatía el Perú. La crisis del guano y del salitre no había escapado a su observación. Tal vez se debía, según él, a la sobreproducción, o al exceso de oferta frente a la demanda reducida, o a la abundancia de depósitos en Euro-

pa, o al aumento de producción en Bolivia, adonde habían afluído los capitales chilenos arrojados del Perú por la expropiación de las salitreras. Pero el problema era más agudo en función de los acreedores europeos, en querella con Dreyfus y con el gobierno peruano. Tan grave era la situación, a fines de 1878 que el peligro de una intervención europea llegó a dibujarse con la posibilidad del nombramiento de un "ministro financiero" inglés como ocurriera en Egipto (1).

El conflicto chileno-boliviano que surgió en febrero de 1879 tuvo en Gibbs a un espectador vigilante. Reconociendo que los capitales invertidos en el litoral boliviano eran chilenos con un sector inglés, reconoció también que la actitud del gobierno de Santiago cerró la posibilidad de un arreglo mediante el arbitraje o la decisión del Congreso (2). La opinión pública peruana simpatizó desde el primer momento con Bolivia. El Presidente, general Prado, era partidario de la paz; pero Gibbs temió desde el principio que los acontecimientos lo arrastraran a la guerra (3).

Gibbs vió claramente que el Perú perdería la guerra por su debilidad en el mar. (4) A principios de mayo comenzó a actuar su sucesor I. P. Christiancy y su opinión fué igual, basándose en la del almirante Rodgers. (5) No dejaba por lo demás, de tener importancia la situación económica. La escuadra chilena puso término desde el principio de la guerra al carguío de guano y del salitre que el Estado peruano monopolizaba. Los papeles del gobierno bajaron en más del 50 %. La gente de todas las clases sociales prestó su colaboración porque la idea de defenderse de la amenaza chilena era muy popular, pero esta ayuda no sería suficiente a la larga.

A pesar del escepticismo frente al poder naval del Perú en el que coincidieran Gibbs, Rodgers y Christiancy, pronto se hizo visible que las tropas peruanas podían ser transportadas al teatro de la guerra en el sur y que el "Huáscar" por su mayor andar y por la pericia de su comando burlaba a la escuadra enemiga:

(1) Oficio No. 304, 10 de febrero de 1879. (Legajo Perú 31).

(2) Nota No. 311 (Confidencial) 19 de febrero. Esta y las siguientes en el legajo Perú 31.

(3) Nota No. 311. Ver también No. 314 del 26 de febrero, No. 316 del 5 de marzo y No. 323 del 25 de marzo.

(4) No. 323, de 25 de mayo.

(5) No. 13, de 12 de mayo de 1879. En el legajo Perú 32, 1-88.

(6) Fué esta una victoria inicial del Perú que evitó la posibilidad de una victoria chilena rápida y aplastante.

Entre junio y julio de 1879 la guerra pareció detenida. Los beligerantes carecían de los suficientes medios de transporte. Las distancias eran grandes. La rapidez y la eficiencia del "Huáscar" equilibraba la potencia chilena. Perú y Bolivia habían podido unir sus fuerzas en el sur. Con los bombardeos y el bloqueo del litoral, más perjudicados estaban resultando los neutrales que los beligerantes. (7)

Fué en junio de 1879 que el ministro en La Paz, Newton Pettis comenzó a actuar. El gobierno boliviano le sometió el 15 de ese mes una propuesta de mediación. Pettis, *sin instrucciones de su gobierno*, acogió entusiastamente la iniciativa. Razones de orgullo nacional lo llevaban a desear que Estados Unidos evidenciara su autoridad moral en América del Sur deteniendo la guerra; y razones de vanidad personal hacíanle gozar con la idea de contribuir decisivamente a esta solución. La propuesta de mediación sugerida por el canciller boliviano era dura para Chile porque implicaba la desocupación del litoral "reivindicado". Luego el diferendo sería sometido, según los beligerantes quisieran, al arbitraje del gobierno de Estados Unidos o de la Corte Suprema de Washington o de los ministros norteamericanos en Lima, Santiago y La Paz. (8)

La salud de Pettis se alteró con el clima de altura y los gobiernos boliviano y peruano aprovecharon para darle toda clase de facilidades con el objeto de que viviese en un clima de costa. Pettis viajó a Mollendo y luego a Lima donde unió a Christiancy en su gestión.

Christiancy no simpatizó con Pettis. Le pareció un hombre demasiado confiado y entusiasta, excesivamente vanidoso y nada cauto. (9) Pero cualesquiera que fuesen sus defectos, Pettis era de un dinamismo extraordinario. En Lima se entrevistó, acompañado por Christiancy, con el canciller Irigoyen. Este planteó el problema de la iniciativa en la mediación. La iniciativa no podía ser de Bolivia, dijo Irigoyen, porque Bolivia había visto violado su suelo. No podía ser del Perú al que Chile declaró la guerra por haber interpuesto su mediación. El Perú estaba

(6) No. 18, 27 de mayo.

(7) No. 36, 20 de julio.

(8) Oficio de Pettis, el 23 de agosto de 1879. En el legajo "Bolivia 7".

(9) No. 45, 12 de agosto (Perú 32).

listo a aceptar la gestión si Chile la proponía en los términos planteados por Bolivia. El norteamericano J. G. Meiggs, hermano de don Enrique, muy unido al gobierno peruano aconsejó a Pettis que viajara a Chile. Pettis no trepidó en emprender el viaje a pesar de que seguía sin autorización de su gobierno. En Arica conversó con los Presidentes Prado y Daza y salió muy complacido de la entrevista con ellos. (10)

Tenemos un precioso documento acerca de las verdaderas relaciones entre los aliados a propósito de la visita de Pettis. Dice el Dr. Reyes Ortiz, secretario general de Daza: "Encontrá-bamos en Arica con el general Daza y a pocos momentos de haber fondeado el vapor del sur, recibió el recado de Mr. Pettis pidiéndole una conferencia tan reservada que no debía concurrir ni aún el Secretario General. Después de la conferencia me participó el general Daza que el objeto de ella había sido hablarle en resumen de las mismas proposiciones traídas por Moreno con más garantías y facilidades para su ejecución. Inmediatamente nos dirigimos al alojamiento del Excelentísimo Director de la guerra y el general Daza puso en su conocimiento lo ocurrido en la conferencia con todos sus detalles. Probablemente el general Prado ponía en duda tanta lealtad, pues al día siguiente supe que había ganado la confianza del intérprete que confirmó en todas sus partes la relación hecha por el General Daza". (11)

Increíble parece la torpeza de Daza al haber confundido la índole de la gestión conciliatoria de Pettis con la gestión de Gabriel René Moreno, propiciando la paz separada entre Bolivia y Chile y la cesión a ese país de Tacna y Arica con miras dañosas para el Perú. (12)

Los puntos de vista de ambos beligerantes parecían irreconciliables. Perú y Bolivia querían el "statu quo" "anti bellum". Chile, el "statu quo" "post bellum". Es decir, los aliados demandaban la desocupación como cuestión previa y Chile, el acatamiento de la ocupación. El canciller Hunneus pareció también en determinado momento de sus entrevistas con Pettis extrañamente severo con el Perú y benévolo con Bolivia. "Transaremos

(10) Nota de 23 de agosto, citada.

(11) "Proceso político contra el Expresidente de la República, General Hilarión Daza y sus ministros de Estado". La Paz, 1894. Pág. 144.

(12) Véase el folleto de G. René-Moreno "Daza y las bases chilenas de 1879" y el de Luis Salinas Vega "Mi Defensa". Véase también la carta de Salinas Vega a Alberto Gutiérrez en "Revista Chilena" de 1920.

con Bolivia y en cuanto al Perú que decida el Congreso", llegó a ser su fórmula. Era la época en que todavía creía Chile en la posibilidad de separar a Bolivia del Perú y hasta de convertirla en aliada suya, posibilidad bien comprendida por los diplomáticos norteamericanos y por la cancillería del Rímac. (13)

La estabilización de la guerra no era la única razón para las ilusiones de Pettis. Las ofertas de mediación de Inglaterra, Alemania y Francia habían escollado antes de concretarse. Algo análogo había ocurrido no sólo con la del Ecuador sino con la que entabló en nombre de su gobierno el colombiano Arosemena. Los países europeos tenían una traba en su lejanía geográfica y en la vastedad de sus intereses económicos en los países beligerantes que los hacían sospechosos de parcialidad según la cuantía de esos intereses y que les restaba en todo caso energía y libertad. Los países sudamericanos carecían del suficiente poder como para imponerse como mediadores. Estados Unidos presentaba la ventaja de su mayor proximidad, de la similitud en sus instituciones, de su ausencia de fuertes vínculos económicos en aquella época y de su autoridad moral y política.

Pettis llegó a proponer a Chile se retirara del sur del paralelo 23. Es decir, propuso una fórmula transaccional, Chile se quedaría en Antofagasta y abandonaría Mejillones.

La prensa chilena le era hostil, extendiendo su hostilidad a Estados Unidos y a la doctrina Monroe. "El Mercurio" de Valparaíso de 14 de agosto de 1879 le dijo muy claramente que el litoral era chileno por la fuerza del derecho y de los acontecimientos y que Chile tenía sus cuentas con el Perú: "el martirio del "Esmeralda" y los alevosos ataques que han llevado al cautiverio a 400 chilenos." (14)

Pero a pesar de todo, Pettis era optimista. El gobierno chileno le oía y conversaba con él. Si continuaba esta guerra de correrías marítimas, bombardeos de puertos y gastos cuantiosos sin resultado visible, podría ocurrir probablemente que el cansancio o el agotamiento condujeran a aceptar la mediación. Ya con fecha 29 de agosto el ministro de hacienda peruano, Quimper, dijo que no había cómo pagar al ejército y fué después de mucho esfuerzo que ese servicio pudo ser atendido. (15)

(13) Véase el vol. "Bolivia 7" hasta el 15 de octubre de 1879, así como el legajo "Chile, 30".

(14) No. 49. Christianey, 2 de setiembre.

(15) No. 57. Christianey, 17 de setiembre.

Vastas complicaciones internacionales no dejaban de amenazar. El Ecuador había rechazado una propuesta tentadora para atacar al Perú. Río de Janeiro también había sido teatro de intrigas análogas. No faltaban quienes pensaban en una intervención armada de Inglaterra, Francia y Alemania en conexión con los tenedores de bonos y con los interesados en el guano y el salitre.

El 8 de octubre el Perú perdía al "Huáscar" y las esperanzas de una paz quedaban desvanecidas. Era un solo buque (decía Christiancy en su nota de 14 de octubre) y él solo había reducido a la escuadra chilena a la impotencia. Su pérdida galvanizaba el poder ofensivo de Chile. Las gestiones de paz tenían como base la esperanza de que Chile las aceptara si el "statu quo" de la guerra se prolongaba y el "statu quo" estaba roto. El problema inmediato del Perú era intentar la resurrección de su marina. Aún suponiendo que lo lograra, decía Christiancy, difícil sería tener otro Grau. "Hombres como él son raros en todas partes". (16) Bien pronto el Perú apuraría el cáliz no sólo de la invasión y de la derrota terrestre sino también de las discordias intestinas: la caída del gabinete Mendiburu y su reemplazo por el gabinete La Coterá a cuya cabeza estaba un militar con fama de bravo pero de intolerante y arbitrario, era como la nube que anunciaba la tormenta en la política interna. (17)

JORGE BASADRE.

(16) No. 64. Christiancy, 14 de octubre.
 (17) No. 70. Christiancy, 28 de octubre.